

pronto reaccionó sobre sí mismo y comenzó á dictar con precisión las órdenes convenientes para salvar al menos las reliquias de su disuelto ejército, mandando retirar la reserva y concentrarse en el cerrillo del norte, y al efecto empenó un corto y desordenado combate; pero vióse muy luego obligado á ponerse en retirada con los dispersos, perseguido muy de cerca. O'Higgins le siguió con el resto de su división y la artillería de reserva, y ambos atravesaron sucesivamente el Lircay en la noche. Todo parecía perdido (28).

IX

Eran las 11 de la noche. La luna de otoño aparecía en aquel momento en el cielo sombrío, esparciendo una pálida claridad sobre el campo antes ocupado por el ejército argentino-chileno, que yacía en profundo silencio. Á la distancia se oían algunos tiros, y las carreras de la caballería realista que perseguía á los fugitivos. Mientras tanto, la división de la derecha que había cambiado de posición á las 8 de la noche, reforzada con los batallones 1.º de cazadores de los Andes y núm. 2 de Chile, permanecía formada sobre la izquierda de

(28) La narración de esta parte se funda en los siguientes documentos y testimonios: 1.º Campaña de Cancharrayada, relación escrita en 1841 por el Gral. Las Heras. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVI). — 2.º Barros Arana: « Hist. de la Indep. de Chile », en que se sigue el « Diario » M. S. del Gral. O'Higgins, t. IV, p. 273 y sig. — 3.º Memoria del Gral. Alvarado. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII). — Torrente: « Hist. de la Rev. Hisp. Amer. », t. II, p. 421 y sig. — 4.º Sanfuentes: « Chile desde Chacabuco hasta Maipo », p. 99 y sig. — 5.º Camba: « Memorias », etc., p. 264. — 6.º Parte de San Martín sobre Maipo. — Informes verbales de los generales Las Heras y O'Brien, edecán éste de San Martín y Zapiola; el ingeniero del ejército de los Andes Antonio Arcos; coronel de la artillería argentina en Cancharrayada, Pedro R. de la Plaza y general Blanco Encalada, jefe de la artillería chilena en la misma. — Hemos tenido presente el parte detallado del Gral. Osorio sobre Cancharrayada, antes citado.

los vencedores en la sorpresa, abrigada al frente y al flanco por el barranco antes señalado. Á su frente se divisaba una masa negra, que permanecía inmóvil: era un escuadrón que estaba en observación, y que por varias veces dió el *¿quién vive?* á la línea confusa que percibía á su costado, sin acertar á distinguirla. La división que no había podido tomar parte en la acción permanecía en inacción y silencio. No tenía quien la mandase. Su jefe, el coronel H. de la Quintana había acudido en los primeros momentos á tomar órdenes del cuartel general, y no parecía. En tal situación, los jefes en junta de guerra, resolvieron ponerse bajo las órdenes del coronel Las Heras, como el más caracterizado y el más capaz de salvarlos. Las Heras, asumió el mando con serenidad, penetrado de su gran responsabilidad. Pidió una noticia verbal de la fuerza, y resultó que podía contar con 3,500 hombres. Mandó preguntar al comandante Blanco Encalada, jefe de la artillería, cuál era su estado y le fué contestado que no tenía ni un cartucho por pieza, por haber agotado sus municiones en el cañoneo de la tarde. No contaba, pues, con artillería, ni tampoco con un solo soldado de caballería. La situación era apurada; pero tenía cinco batallones de infantería intactos con cincuenta tiros en la cartuchera, y esto bastaba para pelear en caso necesario. Dispuso entonces que la artillería, que ocupaba el flanco derecho, pasase á vanguardia para ponerla en salvo. Con los batallones 11.º y 7.º de los Andes, Cazadores de Coquimbo y núm. 1.º de Chile, formó una columna en masa, pregonando á la sordina un bando de pena de la vida al que se separase á diez pasos de los flanqueadores. Á retaguardia, colocó el batallón núm. 1.º de cazadores de los Andes para cubrir la retirada. En esta disposición, rompió la marcha, á las 12 3/4 de la noche, siguiendo el camino de Talca á Santiago recorrido en la tarde por el ejército español, y atravesó el Lircay, perseguido por el escuadrón realista, al que contuvo con su actitud en el vado,

Al amanecer el día 20 la columna de Las Heras se hallaba á 26 kilómetros del campo de batalla. Dió una hora de descanso á su tropa, y pasó una revista, resultando de ella que en la noche se habían dispersado como 500 hombres. Á las 10 de la mañana continuó su marcha y á poco andar se encontró con algunas municiones de artillería extraviadas, con las cuales dotó sus piezas, disponiéndolas convenientemente á los flancos y la retaguardia de un cuadro de columnas, que circundó por cortinas de tiradores, formadas al efecto. Hacía dos días que no comían. Dos soldados acosados por el hambre separáronse de la columna y robaron una gallina. En cumplimiento del terrible bando, fueron fusilados en el acto, y la columna pasó á tambor batiente sobre sus cadáveres. Á las 5 de la tarde llegó á Quechereguas, en cuya hacienda se fortificó en disposición de resistir todo ataque. Á las 12 de la noche, atravesó el Lontué, y el 21 al amanecer acampaba sobre la margen derecha de este río y continuó su fatigosa retirada. Á medio día llegó al estero de Chimbarongo, y allí tuvo noticias de que el general San Martín unido con O'Higgins se hallaba en San Fernando, reorganizando el batallón núm. 8 y reuniendo la caballería que había cruzado en desbande el Lontué (29).

El general salió al encuentro de la columna de Las Heras, para darle las gracias por su valerosa comportación, dirigiéndole palabras de aliento, que fueron contestadas con aclamaciones, y ordenó al coronel que continuase su marcha hacia Santiago. De regreso á San Fernando, encontró allí á O'Higgins, presa de la fiebre, á consecuencia de la herida, que se disponía á pasar á la capital para reasumir el mando. El cirujano Paroissien, que lo curaba, decíale, que mientras estuviesen en pie las Provincias Unidas no había por qué perder

(29) Relación de Las Heras, antes cit. M. S.

la esperanza. O'Higgins le contestaba con entereza, que mientras tuviera un soldado, pelearía en Chile. En cuanto á San Martín, escribió desde allí su conciso parte de la derrota en términos francos y varoniles: « Campado el ejército de mi mando en las inmediaciones de Talca, fué batido por el enemigo, y sufrió una dispersión casi general, que me obligó á retirarme. Me hallo reuniendo la tropa con feliz resultado, pues cuento ya 4,000 hombres desde Curicó á Pelequén. Espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir mi retirada hasta Rancagua. Perdimos la artillería de los Andes, pero conservamos la de Chile » (30). Los caracteres se ponían á prueba y reaccionaban contra la derrota. El director Pueyrredón al recibir la noticia escribía desde las márgenes del Plata: « Nada de lo sucedido en la poco afortunada noche » del 19 vale un bledo, si apretamos los puños para reparar » los quebrantos. Nunca es el hombre público más digno de » admiración y respeto, que cuando sabe hacerse superior á » la desgracia, conservar su serenidad y sacar todo el partido » que quede al arbitrio de la diligencia. Una dispersión es un » suceso muy común, y la que hemos padecido cerca de Talca, » será reparada en muy poco tiempo » (31).

La jornada de Cancharrayada costó poca sangre. Los patriotas habían perdido como 120 muertos, además de los dispersos y prisioneros, 22 piezas de artillería, cuatro banderas y todo su parque; pero el núcleo del ejército argentino-chileno estaba salvado, y con él la causa de la independencia americana, que habría sucumbido á haberse posesionado entonces los españoles de Chile. La pérdida del ejército realista

(30) Doc. del Arch. general, M. S. Un parte idéntico pasó al gobierno de Chile, que ha sido publicado íntegro por Barros Arana, t. IV, p. 294.

(31) Carta del director Pueyrredón á San Martín en Buenos Aires de 9 de abril de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

fué mayor en muertos y heridos, pues pasó de 200 hombres, y su dispersión fué igualmente considerable, de manera que se halló en la imposibilidad de aprovechar inmediatamente su victoria, quedando lleno de cuidados por la retirada de la columna de Las Heras (32).

X

La noticia del desastre de Cancharrayada llegó á Santiago en la tarde de 21 de marzo, propagada por los principales jefes de cuerpo del ejército, y entre ellos el mariscal Brayer, jefe del estado mayor. Todo lo daban por perdido. Se daba á San Martín por muerto; y algunos aseguraban haber visto su

(32) Torrente, que siempre exagera las pérdidas de los independientes, disminuyendo la de los realistas, dice en su « Hist. de la Indep. Hisp. Amer. » « La pérdida de los realistas no bajó de 300 hombres entre muertos y heridos. » Más adelante agrega: « El ejército enemigo tuvo una baja de 500 muertos », t. II, p. 425. — El general realista Osorio, explicando su retardo, confiesa en el parte detallado de Cancharrayada antes citado, la pérdida de 150 hombres de su ejército entre muertos y heridos, y no determina la de los patriotas, limitándose á anunciar tres días después de la acción: « La pérdida del enemigo no ha sido posible averiguarla á punto fijo », lo que indica que fué menor que la mínima que él da. En cuanto á su dispersión, cansancio y mal estado, dice en su parte de 17 de abril de 1818 al virrey del Perú, publicado como el anterior en la Gaceta de Lima: « Regresé á Talca (el 21 de marzo) con lo restante del ejército para recoger crecido número de dispersos, arreglarlo todo de nuevo, porque habiendo sido la acción de noche, era preciso que así sucediese, á pesar del celo para llevar las columnas ordenadas en lo que permitía la oscuridad, en que son inexcusables esta clase de desórdenes, hallándose por otra parte la caballería en absoluta imposibilidad de hacer marchas forzadas por lo mucho que había padecido y estar mal montada. » Torrente confirma el hecho de la dispersión con estas palabras: « No fué menor el desorden de los soldados realistas, á los que no fué posible organizar hasta la mañana siguiente. Sólo el comandante del Arequipa supo mantener ordenado su cuerpo bisoño, y formar un punto de reunión para los dispersos. » Ob. cit., t. II, p. 425.

cadáver. O'Higgins mortalmente herido. Todo estaba perdido, según ellos. El pavor se difundió en la población. Grupos de mujeres levantando los brazos al cielo y mesándose los cabellos y hombres de todas las clases se reunían en la plaza pública, y se dispersaban llenos de consternación. En los barrios apartados se oían gritos aislados de ¡viva el rey! y se anunciaba en voz baja la próxima llegada á la capital de su ejército triunfante. Los más cobardes se disponían á emigrar á Mendoza ó fugaban á refugiarse en los buques de Valparaíso. La aparición de cincuenta hombres del enemigo habría bastado para rendir la plaza (33). Los realistas, llenos de júbilo, y algunos notables de la aristocracia chilena para congraciarse se apresuraban á abrir comunicaciones con el vencedor, y uno de ellos mandó preparar un caballo de gala con herraduras de plata para ser presentado al general Osorio en su entrada triunfal. Aquella noche nadie durmió en Santiago (34).

El gobierno, conturbado, no acertaba á dictar medidas, y mandaba construir una fortaleza en la estrechura de Payne, según el tradicional plan militar de 1812 y 1814, para contener la marcha del enemigo, á la vez que hacía retirar al norte los caudales públicos para ponerlos en salvo (35). El director delegado Cruz, hombre más de administración rutinaria que de gobierno en circunstancias extraordinarias, se afanaba empero en hacer frente á la situación, allegando elementos militares. Al efecto, mandó reconcentrar el batallón chileno

(33) Como en todos los hechos históricos que pasan en el mundo, nunca falta un inglés que dé testimonio de ellos, — como sucedió en el combate de San Lorenzo, — un viajero inglés, que á la sazón se hallaba en Santiago por asuntos de comercio, ha descrito las escenas de esta noche en su libro titulado: « Sketches of Buenos Aires, Chile and Perú » by Samuel Haigh, p. 195.

(34) Vicuña Mackenna: « La batalla de Maipo » en « Rel. Hist. » primera parte.

(35) Barros Arana: « Hist. de la Indep. » t. IV, ps. 307-308.

de « Infantes de la Patria » y la artillería que guarnecía á Valparaíso, y reunir la guardia nacional de infantería y caballería de la capital, Quillota, Melipilla, Aconcagua y Peñorca, mientras recibía noticias oficiales para darles dirección (36). No encontrando inspiraciones dentro de sí mismo para levantar el espíritu público abatido, convocó un cabildo abierto, á que fueron citadas las corporaciones civiles y los notables de la ciudad. La reunión tuvo lugar el 22 por la mañana, en momentos que se recibía la noticia de hallarse San Martín en San Fernando reuniendo sus dispersos. El director delegado que la presidía, manifestó los peligros de la situación y su resolución de poner en juego todos los elementos para hacer frente á ellos.

Interpelado por él Brayer que se hallaba presente, para que como actor en la sorpresa de Cancharrayada expusiese su opinión, el general, después de titubear un momento, contestó que « no había esperanza de reaccionar contra la derrota sufrida. » Todos quedaron mudos y consternados ante esta declaración del famoso mariscal de Napoleón. Entonces se levantó la voz de don Tomás Guido, que en su calidad de representante del gobierno argentino había sido invitado á tomar parte en la deliberación. « No puede juzgar, dijo, del » estado del ejército en retirada, el que ha dejado el campo » bajo la impresión de un desastre. Yo puedo asegurar que » el general San Martín, aunque obligado á replegarse, dicta » las más premiosas órdenes para la reconcentración de sus » tropas. No hay, pues, razón para temer que no veamos » pronto á nuestro ejército en estado de combatir y de conquistar la victoria con el apoyo y energía del país, decidido » á todo sacrificio para sostener su independencia » (37). Á pe-

(36) Ofi. del director Cruz á San Martín de 22 de marzo de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVI.)

(37) Guido : « Reminiscencias », en la « Revista de Buenos Aires », t. III, ps. 326-327.

sar de estas confortantes palabras, la reunión se disolvió perpleja sin tomar resolución alguna, poseída de un desaliento que deprimió más el estado de la opinión.

El 23 llegó el parte de San Martín anunciando la salvación de la columna de Las Heras y hallarse al frente de 4,000 hombres. Pocos dieron crédito á estas palabras, y la población poseída de pánico se disponía á tomar en masa el camino de Mendoza. En tal momento se presentó un hombre, llamado á ser el héroe pasajero de las circunstancias como el corifeo de la tragedia antigua, y levantar un tanto el espíritu público de su postración. Fué éste, el doctor Manuel Rodríguez, aquel famoso guerrillero del sud, uno de los principales precursores de la reconquista de Chile en 1816, cuyo retrato hemos trazado antes. (Véase cap. X, § IV y V.) Nombrado auditor de guerra del ejército, su carácter discolorado, que se avenía mal con toda regla, dió motivos para separarle de su puesto, y se ocupaba en conspirar en favor de Carrera, ó lo que es lo mismo, en romper la alianza argentino-chilena, cuando San Martín que le profesaba cariño, hizo que se le nombrara enviado cerca del gobierno argentino á fin de alejarle y salvarlo. Hallábase próximo á emprender su viaje diplomático, cuando ocurrió el contraste de Cancharrayada. Pidió ocupar su puesto de combate en el peligro y se presentó á caballo en las calles de Santiago, arengando al pueblo como caudillo y tribuno, infundiéndole su espíritu anárquico y patriótico; se hizo seguir por la multitud entusiasmada y pidió á gritos otro cabildo abierto para salvar la patria. En la mañana del 23 reuniéronse de nuevo las corporaciones, y Rodríguez fué el primero en tomar la palabra: « El orgulloso ejército patriota » que existía hace una semana, y en el cual fundábamos » nuestras esperanzas, no existe ya. Se anuncia que el general O'Higgins ha muerto, y que el general San Martín abatido y desesperado, no piensa más que en atravesar los » Andes. Es preciso, chilenos, resignarnos á perecer en nues-

» tra propia patria defendiendo nuestra independencia con el heroísmo con que hemos afrontado tantos peligros. »

Esta peroración tan vacía como incoherente, que parecía calculada para disipar las últimas esperanzas, y proclamaba la deposición de los dos únicos hombres necesarios, produjo sin embargo el efecto contrario, y fué saludada con estrepitosos aplausos. Como sucede cuando todos dudan y temen y no saben qué hacer, y se presenta un hombre que cree en sí, todos creyeron que era aquél el llamado por la providencia á salvarlos, y á los gritos de ¡viva Rodríguez! fué nombrado unánimemente coadjutor en el gobierno en consorcio con el director delegado Cruz (38). El tribuno se convirtió en dictador, levantado por una verdadera revolución disolvente.

Rodríguez, con su carácter enérgico, se hizo el árbitro de la situación, doblegándose ante su voluntad la de su colega en el gobierno. Impetuoso y atolondrado, todas las medidas que dictó llevaban el sello de su temperamento fogoso y de sus cualidades desequilibradas. Regreso de los caudales á la capital, proclamas ofreciendo pasaportes á los cobardes que quisiesen abandonar el país, prisiones de sospechosos, alistamientos populacheros sin plan ni método, distribución de vestuarios y de armas sin cuenta ni razón á los que las pedían, y por último, la organización de un cuerpo fantástico denominado « Húsares de la Muerte », vestidos de negro con sus fúnebres emblemas, cuyo mando se reservó él como guardia pretoriana, tales fueron los principales actos que señalaron la efímera y bulliciosa dictadura de Rodríguez. Empero, su actitud decidida contribuyó á dar temple á la opinión, reaccionando contra el miedo y la derrota, y aun cuando su papel en esta ocasión haya sido exagerado, fué como tribuno

(38) Véase Sanfuentes : « Chile desde Chacabuco hasta Maipo », pág. 141 y sig.

político-militar el hombre de las circunstancias, que llenó dramáticamente el intermedio histórico. Los grandes actores iban á reaparecer en la escena.

O'Higgins, al tener noticia de las novedades de la capital, apresuró su marcha, caminando día y noche á caballo, para tomar posesión del gobierno. Pasada la media noche del mismo día, se apeaba en Santiago con el brazo en banda. En la mañana del 24 una salva de 21 cañonazos y un repique general de campanas anunciaba su arribo. Inmediatamente asumía el mando y convocaba una reunión, á que concurrieron todas las corporaciones. El director estaba taciturno, pero entero. « He visto todo, dijo, y abrigo la profunda convicción de que hemos de salir vencedores en la primera batalla ». Desde este momento todo entró en quicio. Se impartieron órdenes metódicas para allegar los elementos de guerra, empezaron á acuartelarse las milicias para remontar el ejército, se reunió parte del armamento imprudentemente dispersado por Rodríguez, se compraron fusiles á los comerciantes ingleses á cuenta de la próxima victoria, se encendieron las fraguas de la maestranza y el parque empezó á funcionar activamente elaborando municiones. Ante la reaparición del orden administrativo y de la figura severa de O'Higgins, se eclipsó el dictador de 48 horas, para volver á reaparecer más tarde en una misteriosa tragedia, según se relatará á su tiempo.

X

En la tarde del 25 de marzo llegó San Martín á Santiago, seguido de una escolta de caballería. Vestía el uniforme de granaderos á caballo, con su sobretodo de campaña cubierto por el polvo de la derrota y su típico falucho forrado en